

*La Guerra Civil española en la era de la Guerra Total**

Roger Chickering

Georgetown University

Fecha de aceptación definitiva: septiembre de 2007

Resumen: Este artículo trata sobre la utilidad de analizar la Guerra Civil española en el contexto de la «Guerra Total». Aunque este concepto sea notoriamente ambiguo, alumbraba importantes aspectos del conflicto en España. Atrae la atención sobre el hecho de que ambos bandos en liza tuvieron que encarar los mismos problemas organizativos que afectaron a las potencias beligerantes de las guerras mundiales del siglo XX. También se destaca el hecho de que la Guerra Civil afectó a las vidas cotidianas de todos los españoles ya fueran hombres, mujeres o niños.

Palabras clave: Guerra Civil española, Guerra Total, movilización total, violencia.

Abstract: This essay explores the usefulness of analyzing the Spanish Civil War within the framework of 'total war.' Although this concept is notoriously ambiguous, it does shed light on important dimensions of the conflict in Spain. It draws attention to the fact that both sides in the contest were confronted with organizational problems like those faced by the belligerent powers in the world wars of the twentieth century. It also emphasizes the fact that the Civil War affected the lives of everyone in Spain-man, woman, and child.

Key words: Spanish Civil War, total War, total mobilization, violence.

* Traducción de Luis Arias González.

Normalmente, no se asocia la Guerra Civil española con la Guerra Total. Las razones para no hacerlo así son múltiples; tienen que ver tanto con las características propias de la Guerra Civil española como con los presupuestos convencionales que definen la Guerra Total. Para explorar el problema de interpretación propuesto, este artículo comenzará analizando el desarrollo y las implicaciones que suponen los caracteres definidores de la Guerra Total, preguntándose por qué tales principios no han sido apenas invocados para referirse a la Guerra Civil española. Nuestro trabajo también sostendrá que esta situación es lamentable. Establecer la conexión entre Guerra Total y la Guerra de España ofrece beneficios analíticos de dos tipos. Ayuda, en primer lugar, a matizar la reflexión sobre el problema de la Guerra Total; y, en segundo lugar, tiene unas importantes consecuencias analíticas para el estudio de la propia Guerra Civil española.

«Guerra Total» sigue siendo un término controvertido. Hasta seis congresos se han ocupado del tema en los últimos años, pero han fracasado a la hora de presentar una definición convincente del mismo. Uno de los mayores problemas es que hay dos conceptos en juego sobre la Guerra Total, bastante distintos; y mientras comparten muchas características, también mantienen profundas diferencias en no pocos aspectos. La primera y más amplia interpretación del término define la Guerra Total como un «tipo ideal» weberiano, una situación bélica sin límites, sean éstos espaciales, políticos, morales o temporales (como aparece en la descarnada visión que nos brinda en la novela *1984* de George Orwell claramente deudora de sus experiencias en España). Esta forma de concebir la Guerra Total ha marcado lo que podríamos llamar el relato dominante para la historia militar contemporánea.

Bajo esta idea, la evolución del fenómeno bélico desde finales del siglo XVIII se ha venido caracterizado por su creciente «totalización». La Segunda Guerra Mundial, la convencional meta teleológica de este tipo de narrativa histórica, se constituye así en la aproximación histórica más cercana al tipo ideal¹. Según la repetición más común en esta corriente, la era de la Guerra Total nació durante la Revolución Francesa cuando la movilización general —*levée en masse*— definió primeramente a la Nación en armas y obligó a asumir a cada uno —tanto a civiles como a militares— un papel en su defensa. La historia de la evolución de la Guerra, que en este tipo de interpretación también aparece como un proceso de modernización, se describe así como el sistemático e inevitable aumento, tanto en el alcance como en la intensidad de las operaciones militares, durante los siguientes ciento cincuenta años. Las guerras fueron dirimidas por fuerzas arma-

¹ CHICKERING, Roger: «Total War: The Use and Abuse of a Concept,» en M. Boemeke y otros (eds.), *Anticipating Total War: The German and American Experiences, 1871-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 13-28.

das cada vez más numerosas, en teatros de operaciones cada vez más vastos y por periodos de tiempo cada vez más largos. Como estas fuerzas armadas dependían de manera exponencialmente creciente de las tecnologías industriales, sus necesidades logísticas obligaban del mismo modo a aumentar la movilización de la población civil que llegó a ser la indispensable proveedora del apoyo material y moral para los combatientes. Además, la movilización de las masas civiles agravó la intensidad del clima bélico moderno. A fin de obtener el necesario apoyo popular, las guerras se justificaron bajo el pretexto de defender unos presuntos altos ideales o unos objetivos revolucionarios lo que requería una lucha sin descanso hasta conseguir la derrota o la extinción de uno de los dos bandos contendientes. Finalmente, la implicación de poblaciones enteras en la consecución de estas guerras también justificó la creciente vulnerabilidad de los civiles ante la violencia militar al tiempo que aparecían los avances tecnológicos para infligir esta violencia, por medio de los bombardeos estratégicos, los bloqueos navales y los genocidios sistemáticos. Según este punto de vista, la Guerra Total habría alcanzado su cima histórica en Auschwitz y en Hiroshima.

La Guerra de España no ha contribuido mucho a la comprensión de la Guerra Total. Hay un elemento que la confinó desde un principio a la sección de «guerra limitada» y es que, a pesar de la intervención de las grandes potencias, la Guerra Civil española nunca superó sus fronteras ibéricas. Además, según los parámetros contemporáneos fue una guerra arcaica en logística y operatividad militar. En ambos bandos, los soldados españoles lucharon con armas obsoletas y con un equipamiento y unas tácticas que habían quedado anticuadas ya en la Primera Guerra Mundial. Bajo este enfoque, sólo podrían incluirse como muestra de la Guerra Total en la contienda civil española las operaciones de la Legión Cóndor². Las pocas veces en que se ha citado a España con relación a la Guerra Total ha sido a causa de la intervención extranjera, que Helen Graham ha descrito como «embestida de la modernidad violenta» en la Península Ibérica³. La principal referencia a la Guerra española dentro de la literatura sobre la Guerra Total ha sido su papel como campo de pruebas para las grandes potencias. En España, pudieron experimentarse los últimos avances tecnológicos y tácticos, como fueron en su día los blindajes y los bombardeos sobre objetivos civiles con ánimo terrorista que luego acabarían siendo dominantes en Europa en la indiscutible Guerra Total que siguió rápidamente al triunfo de Franco⁴.

² MAIER, Klaus A.: «The Condor Legion: An Instrument of Total War?», en R. Chickering y S. Förster (eds.), *The Shadows of Total War: Europe, East Asia, and the United States, 1919-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 285-294.

³ GRAHAM, Helen: *The Spanish Republic at War 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 201.

⁴ Por ejemplo SEGESSER, Daniel Marc: «Nur keine Dummheiten: Das französische Offizierskorps

Un segundo acercamiento interpretativo al concepto de Guerra Total es más restrictivo y metodológicamente menos audaz, y, como consecuencia, no se presta a establecer grandes generalizaciones comparativas. Pero también elude algunos de los problemas metodológicos del primer tipo de aproximación. Limita la idea de Guerra Total históricamente a los dos grandes conflictos del siglo XX, durante los cuales los participantes usaron de verdad este término para describir lo que ellos creían que estaban haciendo o deseaban hacer⁵. El honor del invento de la idea de Guerra Total parece corresponder a los franceses; especialmente a Georges Clemenceau y sus propagandistas. Ellos insistieron en que el Gobierno que llegó al poder en París, en noviembre de 1917 iba a desencadenar «*la guerre totale*» o «*la guerre intégrale*,» lo que implicaba movilizar todos los recursos y energías de la sociedad francesa en la prosecución de la guerra contra Alemania. El énfasis se ponía especialmente en la inflexible organización de la retaguardia (el «homefront» en términos ingleses) para abastecer los ejércitos en los campos de batalla. Esta visión de Guerra Total se expandió ampliamente en Europa tras la Primera Guerra Mundial. La idea de la «movilización total» llegó a ser el «mantra» de los regímenes políticos que ocuparon el poder tanto en la Rusia de 1917 como en la Italia de 1922, que comenzaron a usar precisamente el término «totalitario» para describir sus propias aspiraciones⁶. El concepto de «Estado Total», que confirmaba la amplia resonancia y fascinación de todas estas aspiraciones, fue entonces elaborado en Alemania por un grupo de pensadores neohegelianos, destacando entre ellos el filósofo del derecho Carl Schmitt y el escritor Ernst Jünger. El término «Guerra Total» acabó haciéndose muy popular en Alemania y en todas partes tras la publicación en 1935 del libro de Erich Ludendorff con el mismo título⁷. El rasgo común a todo este movimiento teórico fue borrar la distinción práctica entre guerra y paz. Todos ellos propugnaban la completa movilización de la sociedad como un principio de norma política, tanto en la paz como en la guerra. En una escala que sobrepasó a la de la Primera Guerra Mundial, las potencias beligerantes asumieron la idea de «movilización total» como el fundamento de organización de la retaguardia en la Segunda Guerra Mundial. El famoso discurso de

und das Konzept des Totalen Krieges», en S. Förster (ed.), *An der Schwelle zum Totalen Krieg: Die militärische Debatte über den Krieg der Zukunft 1919-1939*, München, Paderborn, 2002, p. 174.

⁵ CHICKERING, Roger y FÖRSTER, Stig: «Are We There Yet? World War II and the Theory of Total War», en R. Chickering y otros (eds.), *A World at Total War: Global Conflict and the Politics of Destruction, 1937-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 1-16.

⁶ Ver GLEASON, Abbott: *Totalitarianism: The Inner History of the Cold War*, New York and Oxford, Oxford University Press, 1995, pp. 13-71.

⁷ CHICKERING, Roger: «Sore Loser: Ludendorff's Total War», en R. Chickering y S. Förster (eds.), *The Shadows of... op. cit.*, pp. 151-178.

Goebbels de febrero de 1943 se refería a una dinámica que ya estaba operativa en todos los países beligerantes⁸.

Esta interpretación más restrictiva de la Guerra Total excluye rotundamente a España. Aunque se describiera con cierta frecuencia como «el ensayo previo a la Segunda Guerra Mundial», la Guerra española no formaba parte operativa de ninguna de las guerras mundiales que sí ostentaban el título de «total». Ni tampoco figuró en el discurso teórico de entreguerras sobre la Guerra Total, excepto quizás como un teatro periférico en la «Guerra Civil europea» entre las potencias totalitarias o, de nuevo, como un campo de pruebas para los modernos instrumentos de la Guerra Total. En una conferencia de Carl Schmitt de 1937, sobre el tema de «enemigo total, Guerra Total y Estado Total», mencionó que la guerra que estaba haciendo estragos en España solamente y de manera muy marginal hacía uso de «ciertos métodos» que a él le recordaban los principios de una Guerra Total y que además estaban siendo «probados en territorio extranjero»⁹.

Dado el predominio de puntos de vista como éstos, ¿tiene España alguna posibilidad en ocupar un sitio en la historia de la Guerra Total?, ¿tiene sentido, a la hora de analizar la Guerra Civil española, aplicar alguna de las categorías heurísticas que se han definido en la historiografía sobre la Guerra Total?, ¿acaso las ideas que han originado el concepto de Guerra Total ofrecen alguna orientación para entender los sucesos de España entre 1936 y 1939?

Algunas sí lo hacen. Sin embargo, el caso español también obliga a emplear la prudencia cuando nos referimos al término de Guerra Total. Por ejemplo, cuando nos hacemos la pregunta que tanta confusión ha llevado a muchos de los debates sobre tal concepto: «¿cuánto de ‘total’ tuvo la Guerra Civil española?» La pregunta no tiene respuesta, ésta sólo puede ser «¿cómo se mide la ‘totalidad’?». Los historiadores de la economía han ofrecido quizás la más práctica y convincente fórmula (de hecho, quizás la única) de medirla. Sostienen que el dedicar una determinada parte del Producto Interior Bruto de un país en guerra para gastos militares —se estima en torno a un cincuenta por ciento— representa el índice real que indicaría una movilización total¹⁰. El problema es que la «totalidad», si es que tan extravagante palabra significara algo en relación con la guerra, se extiende más allá de la producción militar propiamente dicha a otras áreas que

⁸ KUTZ, Martin: «Fantasy, Reality, and Modes of Perception in Ludendorff's and Goebbels' Concepts of 'Total War'», en R. Chickering y otros (eds.), *A World at... op. cit.*, pp. 199-203.

⁹ SCHMITT, Carl: «Totaler Feind, totaler Krieg, totaler Staat», *Völkerbund und Völkerrecht*, 4 (1937), pp. 139-145; ver SCHMITT, Carl y JÜNGER, Ernst: *27 March 1937. Ernst Jünger & Carl Schmitt: Briefe 1930-1983*, Stuttgart, Helmuth Kiesel, 1999, pp. 62-63.

¹⁰ HARRISON, Mark (ed.): *The Economics of World War II: Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; BROADBERRY, Stephen y HARRISON, Mark (eds.): *The Economics of World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

no pueden cuantificarse ni medirse. ¿Son algunas formas de matar más totales que otras?, ¿son algunos objetivos de guerra más totales que otros?, ¿son algunas actitudes hacia el enemigo más totales que otras? En el caso español, incluso las «duras» medidas económicas de totalidad son falaces pues no contamos con estadísticas fiables sobre la producción en los años treinta y mucho menos sobre la proporción de la producción militar en el PIB de cada uno de los bandos.

La «totalidad» de los diferentes objetivos bélicos pretendidos en España, vuelve de nuevo a ser algo problemático. Desde el mismo momento en que empezó el conflicto en el verano de 1936, las pretensiones ideológicas de ambos bandos fueron exhaustivas. Mientras la figura retórica de la «Cruzada» se convirtió en un tópico exclusivo en el bando nacional, las consiguientes connotaciones de energía y convicción a él vinculados guiaron por igual a nacionalistas y republicanos. Cada uno hablaba de «una conquista interna»; con esta expresión cada bando entendió la reordenación fundamental de la sociedad española, con la imposición forzada de sus ideales respectivos a todos los habitantes del territorio español controlado por cada uno de los ejércitos en lucha. Aunque enmascarado con los términos de «cristianización», «liberación», «colectivización» o «el alma de España», este espíritu de cruzada justificó la salvaje violencia desarrollada en ambos bandos y que, al igual que las milicias que inicialmente compusieron la mayor parte de los combatientes de ambos bandos, despreció sutiles diferencias entre soldados y civiles.

Estas características de la contienda española parece que nos hablan de una «intensidad» que convencionalmente se considera como señal inequívoca de «totalidad». El problema es que este rasgo no sólo es muy difícil de medir, sino incluso de definir más allá de la impresión general que nos dice que todos los participantes se entregaron casi con entusiasmo a la violencia. El caso español desafía así a la aceptada proposición de que la intensidad fue una medida de la modernización de la guerra en ruta hacia la totalidad. Al menos en el lado republicano, la mayoría de los actos violentos contra el clero y otros civiles que simpatizaban con los sublevados tuvo relación con la negligencia militar, palpable en la propia indisciplina y desorganización generalizada de las fuerzas armadas que cometieron dichos actos. La Guerra Civil rusa (referencia fundamental a la hora de hablar del acontecimiento español), sugiere correlaciones semejantes. Lo mismo sucedió en la Guerra Civil americana, un conflicto que ha sido tradicionalmente considerado como un hito en el «camino hacia la Guerra Total»¹¹. En esta última guerra, el combate más salvaje entre soldados y civiles tuvo lugar en el económicamente atrasado teatro occidental de operaciones, especialmente en el estado de

¹¹ FÖRSTER, Stig y NAGLER, Jörg (eds.): *On the Road to Total War: The American Civil War and the German Wars of Unification, 1861-1871*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

Missouri. Que estos tres enfrentamientos civiles fueran guerras civiles es sin duda algo más que una mera coincidencia, y la cuestión que subyace es la de saber si la extraordinaria intensidad de la violencia (como quiera que fuera medida) estuvo regida no por la modernización de las guerras en sí sino por el hecho añadido de enfrentar a comunidades con la misma lengua y cultura lo que suponía complicar más las distinciones, en esta ocasión entre amigo y enemigo.

Como sus homólogas rusa y americana, la Guerra Civil española tuvo por ambas partes una finalidad revolucionaria sin medida. Este rasgo también se considera como un índice de la totalidad de la Guerra. Podría ser también considerado como un indicativo de su modernidad, en la medida en que una intervención extranjera le dio un molde moderno a las polaridades ideológicas, enmarcando éstas como la oposición entre comunismo y fascismo, las dos formas fundamentales de revolución y contrarrevolución del siglo XX. Aunque esta fórmula subestima la complejidad autóctona del conflicto ideológico español, nos da una imagen falsa de sus revolucionarias implicaciones. Desde sus inicios, la Guerra española estuvo motivada por los grandes temas españoles: las relaciones de producción, el tipo de propiedad, la autoridad y la organización del universo moral. El conflicto sobre estas cuestiones inspiró unos odios apasionados que se habían ido gestando durante décadas, cuando no durante siglos; y como estuvo claro que se había fallado en alcanzar una paz negociada, no se admitió un compromiso entre ambos lados, comprometidos con las transformaciones revolucionarias o contrarrevolucionarias en los territorios bajo su control. Sin embargo, teniendo en cuenta estos objetivos como unos indicadores fiables de la Guerra Total, también encontramos dificultades interpretativas en el caso español, no sólo porque había una extraordinaria variedad de violencia revolucionaria, sino también porque la relación entre la Guerra y la Revolución fue compleja. Mucha de la energía revolucionaria se desperdició en España en cuestiones que frustraron la «totalización» de la Guerra. Ni siquiera está claro que la Guerra generara los objetivos revolucionarios en primer lugar. Podría decirse que la guerra proporcionó menos la causa que la ocasión para la explosión de la violencia revolucionaria.

En este sentido las revoluciones española y rusa difieren de manera fundamental por la imposibilidad de entender plenamente la Rusia de 1917 sin la Guerra que estalló en 1914¹².

Si bien la idea de Guerra Total no arroja mucha luz sobre la Guerra Civil española como proceso revolucionario, proporciona una guía analítica mejor a la revolución española como guerra. Este punto de vista es más adecuado para abordar las preguntas sin respuestas y las consideraciones teleológicas de la «totali-

¹² BAYLY, Christopher Alan: *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, Oxford, Blackwell Publishing, 2004, p. 428.

dad», «intensidad» y «modernización» que son inherentes a la interpretación más amplia de Guerra Total como «tipo ideal». La otra interpretación de la Guerra Total, la que se ciñe estrictamente a la experiencia histórica de las dos guerras mundiales del siglo XX, ofrece un más práctico, aunque modesto, conjunto de indicadores. Las preguntas pertinentes apuntan ahora hacia los caminos en los que la dinámica de la movilización durante la Guerra Civil española guarda semejanzas con los de las grandes guerras mundiales. El criterio principal es el hecho de que, durante estas dos grandes guerras industriales, las distinciones prácticas se redujeron entre la retaguardia y los frentes de guerra, entre civiles y soldados. Estas guerras fueron testigos de la movilización de todo tipo de civiles a la categoría de participantes activos; los civiles, finalmente, fueron tan importantes como los militares en el desarrollo de las operaciones y, en consecuencia, se constituyeron en blancos legítimos de la violencia militar. Bajo este prisma, no obstante, el concepto de Guerra Total tiene menos que ver con los militares que con los civiles. Las guerras totales del siglo dieron importancia sobre todo a la total implicación de los recursos de la sociedad para apoyar las operaciones militares. «Guerra Total» se asocia ahora con la organización eficaz y el despliegue en la retaguardia de multitudes de guerreros de nuevo cuño que no están obligados a vestir el uniforme. En otras palabras, en estos dos conflictos del siglo XX, el estado de guerra llegó a ser un fenómeno globalizador que no dejó fuera a nadie en razón de su condición o edad —hombre, mujer o niño— ni tampoco permitió que en los Estados beligerantes la vida, en sus múltiples aspectos, quedara al margen.

Sin duda esta propuesta describe el caso español. El bombardeo de Guernica de 1937 supone, de hecho, el símbolo más evidente de la desaparición de la distinción entre civiles y soldados en la situación bélica moderna¹³. Como en las dos guerras mundiales, la Guerra en España afectó inmediatamente a las vidas de todos aquellos que vivían en este rincón del globo. El fracaso de las tropas insurgentes en la toma de Madrid de 1936 fue el equivalente español de la Batalla del Marne. Convirtió la insurgencia en una guerra, cuya dinámica adoptó principios de la Primera Guerra Mundial a la vez que anticipaba los de la Segunda. A pesar de la inexistencia de una infraestructura industrial potente en la Península Ibérica, ambos bandos afrontaron los mismos retos que había impuesto la movilización de las sociedades en guerra durante la Gran Contienda de 1914-1918. Ambos bandos, los sublevados y los leales a la República, tuvieron que redirigir recursos y energías de forma sistemática para la guerra. Las dos zonas tuvieron que reclutar, entrenar, armar, alimentar y desplegar enormes ejércitos, sobre todo

¹³ ABENDROTH, Hans-Henning: «Guernica: Ein fragwürdiges Symbol», *Militär-geschichtliche Mitteilungen*, 1 (1987), pp. 111-126.

de soldados de infantería. Aprovisionar a estas fuerzas con las armas y municiones sin las cuales no podrían luchar —y equilibrar las necesidades de los ejércitos con las de los civiles que los apoyaban— supusieron para ambos bandos problemas, rupturas y reajustes que no dejaron indemne a nadie.

A juzgar por sus carencias materiales en las industrias bélicas, los nacionales fueron los primeros en afrontar el desafío inicial más grande. La mayoría de la industria pesada del país, así como sus materias primas esenciales, quedó en las zonas controladas por la República. Este déficit de partida se compensó con el oportuno compromiso de la ayuda militar italo-germana. Fue también compensado, de forma más duradera, por el control que los insurgentes tuvieron de las áreas en las que se había desarrollado la mayor parte de la agricultura comercial del cereal, las patatas y del ganado de España. Cuando tras la batalla de Guadalajara en la primavera de 1937, Franco dirigió a las tropas nacionales hacia las minas de carbón y de hierro del norte, estaba poniendo de manifiesto la conciencia que tenía de las desventajas materiales de partida que su bando debía afrontar, así como su clara intención de empeñarse en una guerra de larga duración cuyo propósito era la sistemática destrucción de sus enemigos¹⁴. No por casualidad esta decisión también reflejaba una reflexiva comprensión de la estrategia seguida en la Primera Guerra Mundial.

Al convertir sus recursos materiales en instrumentos eficaces de guerra, los nacionales obtuvieron una gran ventaja. El núcleo de su liderazgo fue inequívocamente militar y todos los impulsos de la coalición que construyó la infraestructura política del «Estado Nuevo» fueron autoritarios. Esto supuso, tal y como Michael Richards ha escrito «un coherente Estado en formación», cuyo objetivo fue la militarización de todos los aspectos de la vida bajo su competencia¹⁵. No se deberían, por tanto, subestimar los balbuceos, dudas y experimentos que acompañaron a la construcción institucional de este proyecto, ni tampoco la confusión institucional y la rivalidad que surgieron, ni el grado de corrupción que afectó a estas instituciones, particularmente, en sus niveles más bajos.

Por último, tampoco deberían sobrevalorarse las virtudes de un gobierno burocrático ejercido por militares (como cualquier historiador alemán puede atestiguar). Sin embargo, cualquiera que fuera la cuestión, el principio de que los esfuerzos durante la guerra debían estar dirigidos de manera centralizada no estaba sometido a debate, ya se tratara de la dirección de los ejércitos nacionales en el frente, el abastecimiento de carbón para las fábricas de obuses de Bilbao, la

¹⁴ PRESTON, Paul: *Franco: A Biography*, London, Harper Collins, 1993, pp. 241-242; BERNECKER, Walther L.: «Neuere Tendenzen in der Erforschung des Spanischen Bürgerkriegs», *Geschichte und Gesellschaft*, 23 (1997), pp. 450-451.

¹⁵ RICHARDS, Michael: *A Time of Silence: Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1946*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, p. 33.

asignación de trabajadores a estas mismas fábricas, el suministro de harina a las familias de estos trabajadores o las imágenes que se daban de la Guerra en los periódicos, carteles, películas, aulas y parroquias. Como consecuencia de este consenso básico, una red centralizada de instituciones se extendió a las provincias bajo control militar de los Ministerios de Defensa y de Industria del Gobierno de Burgos. Quizás la mejor evidencia sobre la eficacia de todas estas medidas las dé el hecho de que en las zonas norteñas que habían sido conquistadas en 1937, la producción de hierro y carbón superó ampliamente en 1938 los niveles de producción anteriores a la guerra¹⁶. Estas cifras ratifican lo que un dirigente franquista llamó «una política económica de naturaleza militar» que fue dominada por un Estado a su vez suficientemente militarizado, algo que Ludendorff, de haber vivido, probablemente habría aprobado¹⁷.

Estos resultados fueron estimulados por un número de circunstancias adicionales, una de ellas pone el énfasis en este contexto. Hubo una voz española, aunque poco original, en el «discurso totalitario» de entreguerras. Su principal fuente fue italiana y la más importante aportación a España fue la Falange. El asesinato de José Antonio en 1936 y la domesticación de su movimiento meses después aseguraron que las doctrinas fascistas del «Estado Totalitario» no serían más que un adorno ideológico en el autoritario gobierno de Franco, aunque lograron infiltrarse en la enseñanza secundaria en los centros de la zona nacional¹⁸. Las autoridades católicas encontraban al Hegelianismo de estas doctrinas lo suficientemente inquietante para protestar. Sostenían que las extravagantes reivindicaciones en nombre del poder del Estado, traían un «materialismo pagano»¹⁹, según el Cardenal Gomá lo formuló en una equivocada interpretación de las intenciones de Hegel así como de las de Franco. Resultó que las doctrinas hegelianas casaban perfectamente con la militarización de la sociedad y del Gobierno de la España nacional que la Iglesia Católica tradujo al lenguaje del sacrificio cristiano y la redención. El mismo lenguaje aseguró la purga de las instituciones culturales en todos los territorios insurgentes, así como la movilización del apoyo popular católico al régimen de Franco. Si Franco necesitaba cualquier aliento para consolidar su control político, sus asesores italianos y alemanes pusieron a su disposición su experiencia personal adquirida durante la Primera Guerra Total del siglo XX.

¹⁶ BERNECKER, Walther L.: *Krieg in Spanien 1936-1939*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2005, p. 184.

¹⁷ RICHARDS, Michael: *A Time of... op. cit.*, p. 99.

¹⁸ BERNECKER, Walther L.: *Krieg in Spanien... op. cit.*, p. 200.

¹⁹ NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manuel: «Nations in arms against the invader: On nationalist discourses during the Spanish civil war», en C. Ealham y M. Richards (eds.), *The Splintering of Spain: Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge/New York, Cambridge University Press, 2005, p. 56.

La evolución política de la España republicana supuso un dramático contraste con lo sucedido en el bando nacional. Aquí la oposición a la militarización de la sociedad y de la política fue constante y tenaz. Las energías que alimentaron la revolución en la zona leal fueron laicas, federalistas, libertarias y, por extensión, antimilitaristas. En consecuencia estas energías estuvieron tan profundamente fragmentadas que las generalizaciones, sobre la evolución en todo el territorio republicano, son difíciles de hacer. En el verano de 1936, el poder se diluyó entre los distintos territorios republicanos y sus diferentes unidades organizativas compuestas por los sindicatos, milicias y partidos políticos (con sus subdivisiones correspondientes: locales, regionales y provinciales), así como en las colectivizaciones agrarias e industriales que nacieron en ese momento. Las preferencias por la espontaneidad y la acción directa reinaron aquí, al igual que una clara animadversión hacia la autoridad política centralizada y las propias instituciones políticas, incluido el Estado. Estas fuerzas centrífugas se desgastaron al tiempo que la Guerra continuaba, pero el juicio de Hugh Thomas sobre la República española «constituyó menos un Estado que un conglomerado de repúblicas separadas»²⁰ es válido para aplicarlo a toda su existencia.

Incluso en aquellos sectores en los que no puso su mano la fragmentación revolucionaria, los retos materiales que trajo la Guerra y que afrontó el bando republicano fueron mucho más abrumadores que los que tuvo que soportar el bando nacional. El hecho de que la zona republicana incluyera las zonas más industrializadas de la Península no fue una ventaja rotunda ya que ni en Cataluña ni en Levante la industria se orientó hacia la producción militar. Mientras la intervención soviética proporcionó algún respiro, la diplomacia de la no intervención cortó el acceso a los mercados occidentales de los equipos militares, por lo que la sistemática reorganización y reconversión de la industria propia llegó a constituir una prioridad urgente.

El carácter de subsistencia de mucha de la agricultura de la zona republicana, hizo tan difícil el alimentar a las fuerzas armadas y a los civiles que las apoyaban como el dotarlas de armamento. Reclutar y entrenar estas fuerzas supuso otro de los grandes problemas, dada la desertión o temprana destrucción de la mayoría de los cuadros de mandos militares leales y dada la resistencia de la mayoría de las milicias no sólo a la autoridad militar central sino a la autoridad militar en sí misma. La «disciplina,» tal y como sostuvo un líder anarquista, «era casi un crimen»²¹. Como resultado de todo ello, las fuerzas republicanas mantuvieron siempre un carácter tal de improvisación que el mero término de «ejército» constituye una dudosa descripción.

²⁰ THOMAS, Hugh: *The Spanish Civil War*, New York, Harper & Row, 1961, p. 171.

²¹ BEEVOR, Antony: *The Battle for Spain: The Spanish Civil War 1936-1939*, New York, Penguin Books, 2006, p. 125.

En tales circunstancias, las palabras «guerra» y «revolución» ponían en clave su definición en la zona republicana. ¿Podrían los mandatos de la Guerra Total, tal y como fueron dictados en la Gran Guerra y sus consiguientes principios de «Totalidad» y «Estado de Guerra», ser desafiados aquí?, ¿era posible organizar una guerra industrial sobre unas bases que no estaban centralizadas ni eran autoritarias? La única respuesta, la que fue incondicionalmente apoyada por los afiliados de la CNT y, en menor medida, por los sindicatos socialistas, fue afirmativa. La revolución fue, desde este punto de vista, considerada en sí misma un activo militar más. La espontaneidad y el entusiasmo, o lo que las milicias republicanas definían como «una heroica falta de disciplina», producirían por sí mismas unos eficaces apuntalamientos organizativos desde la base. Obstaculizar la revolución era, por tanto, una forma de socavar la propia Guerra.

En un principio no se vio claramente que quienes defendían esto estaban equivocados. Podían señalar éxitos significativos comenzando por la defensa de Madrid. Durante la primera mitad de la Guerra, particularmente en el sector agrario, las colectivizaciones fueron razonablemente efectivas a la hora de organizar la producción a nivel local. También mostraron una notable eficacia al proporcionar una educación básica a las familias de sus miembros, una tendencia que hay que poner en la cuenta de la movilización propia y espontánea de los maestros de primaria en los territorios republicanos. La aparición de redes administrativas en las colectivizaciones catalanas dentro del ámbito de la Generalitat indicaba que la coordinación regional de la producción de guerra podría llegar a ser una realidad sin el ahogo burocrático impuesto por los poderes locales. Valga también como ejemplo el desarrollo de las carpinterías en la zona republicana bajo los auspicios del sindicato de carpinteros de la CNT²².

Estos éxitos hicieron muy poco, no obstante, para persuadir a los que defendían otros puntos de vista alternativos —en su mayoría comunistas— y que consideraban que la movilización espontánea de las masas era una fantasía romántica, que sólo serviría para entorpecer los esfuerzos durante la Guerra. Las semejanzas, a menudo señaladas, entre el PCE y la Falange no eran fortuitas. Ambos grupos no sólo adoptaron la organización, disciplina y control centralizado como señas de identidad en su movilización para la Guerra, sino que además ambos bebieron de la misma fuente de inspiración. La visión de la Guerra Total del PCE estaba basada en la movilización social llevada a cabo durante la Gran Guerra, tanto como por la experiencia posterior de los bolcheviques durante la Guerra Civil rusa. Este hecho fue ocultado en las cuidadosas distinciones ideológicas que la Comintern marcó siempre entre las dos guerras civiles, la rusa y la española. Sin embargo, tales distinciones fueron sobre todo tácticas, se calcularon para pre-

²² *Ibidem*, p. 110.

servar la cohesión del Frente Popular al que oficialmente se calificó de revolución nacional democrático-burguesa y no de revolución social. En la Guerra Civil española, a diferencia de la rusa, los comunistas insistieron en separar lo que era el conflicto social del militar o, al menos, en subordinar sistemáticamente los requerimientos del uno hacia el otro²³. «Si no ganamos la Guerra» —según la propuesta de las «ocho condiciones del Partido para la Victoria»— «la revolución fracasará»²⁴. Las prescripciones prácticas comunistas para organizar el esfuerzo republicano de la población durante la guerra estuvieron modeladas, sin lugar a dudas, sobre la base de las despiadadas instituciones bolcheviques que habían nacido durante la Guerra Civil rusa y habían dado significado al concepto de «Totalitarismo» en la nueva Unión Soviética. El comunismo de guerra, como se conoció a este régimen, se estableció tanto en el frente de batalla como en el interior. Ningún aspecto de la Guerra quedó fuera de los poderes dictatoriales del Gobierno central. Pero el comunismo de guerra fue asimismo un concepto derivado de un hecho anterior; se inspiró en las instituciones alemanas de movilización durante la Gran Guerra, particularmente cuando estas instituciones funcionaron en el marco del así llamado, «Programa Hindenburg», el cual fue diseñado para encuadrar obligatoria y sistemáticamente el trabajo civil en las industrias de guerra²⁵. Estas mismas instituciones fueron también la base de la visión de la Guerra Total publicada posteriormente por Ludendorff.

La política de actuación del PCE a lo largo de la Guerra española estuvo regida por una visión similar. El Partido apeló coordinadamente a la militarización de las energías colectivas. Proponían el control dictatorial, la regularización de las milicias y su transformación en un «ejército regular más fuerte y mejor disciplinado que el del enemigo», una planificación central, una supervisión absoluta del proceso de distribución de recursos y la nacionalización de la producción de guerra²⁶. Este esfuerzo requería —y aquí los comunistas podían de nuevo citar las experiencias de la Guerra Civil rusa— la destrucción de las colectivizaciones agrarias e industriales, y la sustitución del sistema autogestionario de dirección obrera por la eficaz coordinación burocrática del trabajo y de todo lo demás²⁷. «Todos debemos convertirnos en soldados» tal y como anunció La Pasionaria a los dos meses de iniciarse la contienda civil al hablar de las necesarias priorida-

²³ SCHAUFF, Frank: *Der verspielte Sieg. Sowjetunion, Kommunistische Internationale und Spanischer Bürgerkrieg 1936-1939*, Frankfurt/Main, New York, Campus, 2004, p. 97.

²⁴ PAYNE, Stanley G.: *The Spanish Civil War, the Soviet Union, and Communism*, New Haven/London, Yale University Press, 2004, p. 182.

²⁵ FIGES, Orlando: *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, London, Jonathan Cape, 1996, p. 613.

²⁶ HUHLE, Rainer: *Die Geschichtsvollzieher: Theorie und politik der Kommunistischen Partei Spaniens 1936 bis 1936*, Giessen, Focus, 1980, p. 103.

²⁷ *Ibidem*, pp. 135-142.

des, «debemos introducir el servicio laboral obligatorio, el racionamiento de alimentos, la disciplina y el castigo ejemplar para los saboteadores»²⁸.

Así, el PCE llegó a ser el principal defensor de la estructura y del orden burocrático tanto en las fuerzas armadas republicanas como en la organización de la retaguardia. El creciente predominio de los comunistas en la coalición republicana se debió a muchos factores, entre otros, a la presencia soviética. Agentes de la Comintern fomentaron en la zona republicana unas configuraciones institucionales semejantes a las que los agentes germanos e italianos reclamaban a Franco, y para este fin los propios comunistas organizaron denodadamente la eliminación de la oposición política. No obstante, el éxito del PCE se debió sobremanera a la creciente verosimilitud de los razonamientos comunistas sobre los mandatos de la Guerra Total. A este respecto, el nombramiento del socialista Juan Negrín como primer ministro en 1937 señaló un punto de inflexión en los esfuerzos republicanos durante la guerra, supuso el reconocimiento general, aunque reticente, de que estos mandatos no podían ser eludidos. Negrín compartió con los comunistas —y con Franco— la visión de un estado de guerra centralizado y militarizado. Su mandato estuvo marcado en cualquier caso por el reconocimiento, cada vez mayor y no sin reticencias, por parte de los socialistas y los anarquistas, de que las demandas prácticas de la guerra moderna desbancaban a las de la revolución —o revoluciones— que ellos mismos habían defendido.

No obstante, todos los esfuerzos para disciplinar a la revolución que se encaminaron a eliminar o, al menos, controlar las colectivizaciones se encontraron con una amarga resistencia que de manera creciente fomentaría el conflicto social que acabó penetrando y debilitando el esfuerzo de guerra republicano. Mientras que los triunfos militares del bando nacional limitaban el acceso de la República a las tierras cultivables y a las materias primas industriales, a las disputas internas de tipo social y político en el bando republicano se unían los reveses para poner en marcha un ordenamiento coordinado de los recursos humanos y materiales que habían inspirado el concepto de Guerra Total dos décadas antes. El hecho de que el Gobierno republicano declarase el estado de guerra sólo dos meses antes de que el conflicto finalizara en 1939, fue un símbolo adecuado de las dificultades que habían asolado los esfuerzos republicanos para conseguir una movilización durante la Guerra. Nunca llegó a aplicarse de manera eficaz un sistema de reclutamiento, por lo que las tropas republicanas estuvieron, tal y como ha apuntado un historiador, «en un constante proceso de reorganización»²⁹. La experiencia de las colectivizaciones no supuso, en general, un sistema efectivo para movi-

²⁸ Citado en KÜHNE, Horst: *Revolutionäre Militärpolitik 1936-1939: Militärpolitische Aspekte des national-revolutionären Krieges in Spanien*, Berlin, (Ost), 1969, p. 34.

²⁹ BERNECKER, Walther L.: *Krieg in Spanien.. op. cit.*, p. 36.

lizar los recursos. A finales de 1937, el rendimiento de los principales sectores de la industria catalana había descendido dramáticamente con respecto a los niveles anteriores a la Guerra: un cuarenta por ciento en el sector metalúrgico y un setenta por ciento en el químico³⁰. Tal y como Joseph Harrison ha comentado de este proceso, «un estado de caos reinó en el sector industrial de la zona republicana»³¹.

Sin embargo, y de manera paradójica, el éxito de los comunistas justificó las demandas de sus oponentes en la zona republicana, convencidos como estaban de que el comunismo representaba una amenaza a los ideales fundamentales de la revolución española. Hacia 1937 la acción de los comunistas ya se manifestaba claramente partidista, oportunista y dirigida a liquidar el esfuerzo bélico de su energía revolucionaria, al menos, mientras ésta siguiera siendo espontánea.

Una de las consecuencias del éxito comunista fue la decadencia de la productividad obrera de las fábricas cuya autonomía había sido destruida en nombre del control centralizado. Al final la actuación bélica republicana fue llevada a la parálisis no sólo por la escasez material de todo, sino también por el desánimo y los crecientes conflictos internos entre las innumerables agencias, jurisdicciones y fuerzas políticas dentro de su territorio. El resultado último, tal y como los sucesos de Barcelona de mayo de 1937 pusieron de relieve claramente, fue una guerra civil dentro de la Guerra Civil. El caos en la retaguardia se trasladó directamente a las vicisitudes de las fuerzas republicanas en los frentes, donde las consecuencias fueron a la vez materiales y psicológicas. Y es que no sólo los nacionales reclutaron y entrenaron profesionalmente un gran ejército —con más de un millón de efectivos— sino que, como ha señalado Michael Seidman, «los franquistas alimentaron, vistieron y pagaron a sus tropas con mayor regularidad que los republicanos»³². De cualquier manera que se evalúe, el ejército de Franco constituyó todo un impresionante logro.

La forma en que las tropas de ambos bandos fueron abastecidas, uniformadas, pagadas, entrenadas, armadas y motivadas fue fundamental para el desenlace de la Guerra Civil española. Pero la misma propuesta debe aplicarse también a los civiles de las dos zonas para ver cómo fueron alimentados, vestidos, pagados, motivados e integrados en los esfuerzos realizados para la guerra. Son estos asun-

³⁰ *Ibidem*, p. 181.

³¹ HARRISON, Joseph: *The Spanish Economy in the Twentieth Century*, New York, St. Martin's Press, 1985, p. 116; GRAHAM, Helen: «War, Modernity and Reform: The Premiership of Juan Negrín, 1937-1939», en P. Preston y A. L. Mackenzie (eds.), *The Republic Beseiged: Civil War in Spain 1936-1939*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 1996, pp. 162-196.

³² SEIDMAN, Michael: *Republic of Egos: A Social History of the Spanish Civil War*, Madison, The University of Wisconsin Press, 2002, p. 237; OBERSCHALL, Anthony y SEIDMAN, Michael: «Food Coercion in Revolution and Civil War: Who Wins and How They Do It», *Comparative Studies in Society and History*, 47 (2005), pp. 391-395.

tos los que señalan la enorme complejidad de los acontecimientos en España: el hecho de que ambos bandos se empeñaron hasta el límite en la consecución de profundos cambios traumáticos en la política y en la sociedad. Caracterizar estos cambios como revolucionarios o contrarrevolucionarios no es nunca una exageración, aunque se corre el riesgo de ocultar otro, la dimensión no menos vital de los acontecimientos en España. Pone el énfasis en que la Guerra Civil española no fue sólo una revolución. Fue una guerra. Creó dos retaguardias. En ambas las demandas de tipo práctico para mantener en acción a las fuerzas armadas generaron una dinámica que tenía semejanzas con los modelos que ya habían estado presentes en los países beligerantes de la Gran Guerra y que volverían a repetirse poco tiempo después. Las revoluciones españolas fueron el fruto de tensiones de larga duración en la Península, pero su desarrollo —y los perfiles de la experiencia revolucionaria de ambos bandos— fueron decisivamente moldeados por los mandamientos prácticos asociados al sostenimiento de una guerra industrializada. La movilización para llevar a cabo la Guerra —y los conflictos sobre la manera en que debía efectuarse— suministró el motor de los cambios en los frentes hispanos de ambos bandos. El concepto de Guerra Total ofrece una útil aproximación a la turbulencia de España, hasta el punto de que hace hincapié en esta verdad sobre las guerras europeas del siglo XX.

Esta propuesta conlleva implicaciones historiográficas de gran calado. Como las grandes guerras del siglo XX, la Guerra Civil española alcanzó a todos los lugares y afectó a las vidas de todas las personas: a soldados que lucharon en los frentes, a mujeres que fueron movilizadas para ocupar empleos industriales o sanitarios, a niños que fueron inundados con las imágenes de la Guerra y que, a menudo, vivieron con la ausencia del padre, de la madre o de ambos. El combate y la movilización requeridos para mantenerlo generaron unos cambios profundos, cuando no revolucionarios, en todos los aspectos de la vida: desarrollo económico, conflictos sociales, el reparto del poder y la construcción y difusión de su sentido. ¿Cómo se escribe la historia de un conflicto así?, ¿cómo definir la «historia militar» ahora que la dinámica de la Guerra abarca a todo y a todos? En esto estriba el gran desafío historiográfico sobre la Guerra Total y su desenlace. La propia guerra ofrece el punto central analítico y el principio organizativo de su propia vasta historia. La Guerra Total, una categoría que —según la interpretación que aquí hemos empleado— claramente incluye a la Guerra Civil española, requiere en consecuencia algo parecido a una historia total.